

ó del marido, ó que se encuentran en mayor peligro si quedan solas en su casa? Diremos que para éstas la ocasion será próxima, pero no voluntaria; pues no está en su arbitrio el quitarla; y que por consiguiente no pecarán en no quitarla; pero que sí pecarán en no poner en accion los demas medios que deben para vencerse y disminuir el peligro y la ocasion, como son el ayuno, la oracion, la penitencia, la guarda de sentidos y la frecuente y fructuosa confesion.

Restanos decir algo acerca de las obras de consejo. Como la ley de Dios estriba toda sobre la mas iluminada discrecion y la mas sublime prudencia, solo prohibe bajo de precepto el pecado formal y lo que próximamente induce á él, y deja bajo de consejo las causas mas remotas de la culpa. Asi es que el baile puede considerarse ya bajo de consejo y ya bajo de precepto. Si de él no se hace un objeto de pecado formal, ni es de tal naturaleza que próximamente induzca á la culpa, solo será de consejo el evitarlo. Pero si es tan deshonesto que sea ocasion ó medio próximo de pecar, ó se haga de él un objeto formal de pecado, ya no será el evitarlo una obra de consejo, sino de verdadero precepto, por el cual nos vemos obligados á evitar lo que en el caso es para nosotros un pecado ó causa próxima de él. Tengamos ésto presente, para que no querramos verlo siempre bajo el aspecto del consejo, sino que consideremos que lo que hay por remoto solo se nos prohibió bajo de consejo, mañana se nos prohibe bajo de precepto, segun que haya subido de grado la malicia y la audacia del pecador y su pecado.



## ADICION.

### Breve noticia del origen y efectos de la Medalla milagrosa.

Aunque la ruidosa revelacion de la *Medalla milagrosa* no se celebre hasta el dia con especial festividad, ni en la Iglesia de Francia donde tuvo lugar, ni en las demas por las que se ha extendido esta devocion; no siendo remoto que en el discurso del tiempo llegue á establecerse por los portentos que diariamente se experimentan por su piadoso uso, extendido ya bastante en nuestro pais, creemos no desagradará á los lectores la sucinta relacion que vamos á dar de estos sucesos, con que el Señor, en este siglo de tanta impiedad y corrupcion, se ha dignado alentar á los fieles á la debida veneracion á su purísima madre, y confundir á los incrédulos que preguntan con una sacrilega mofa, ¿donde están las revelaciones! ¿Donde los milagros?

A fines del año de 1830, una sencilla jóven, novicia en uno de aquellos conventos que en Paris se consagran al servicio de los pobres y de los enfermos, conocidos como el renombre de las Hermanas de la Caridad, y fundados por el celoso y caritativo San Vicente de Paul; en el fervor de su oracion, vió un cuadro que representaba á la Santísima Virgen, como ordinariamente se pinta bajo el título de la Purísima Concepcion, aunque con los brazos extendidos y saliendo de sus manos unos rayos resplandecientes de luz, entre los cuales se distinguian algunos muy particulares que caian sobre un cierto punto del globo, en que tenia los pies. Al rededor de la imagen se leia la siguiente jactatoria. *¡O Maria concebida sin pecado! Rogad por nosotros que tenemos confianza en vos.* Cuando contemplaba este atónita la jóven oyó una voz que le dijo: "Estos rayos son el símbolo de las gracias que Maria alcanza para los hombres, y este lugar de la tierra sobre el cual descenden mas abundantemente, es la Francia." Volvióse en seguida el cuadro y en su reverso vió la letra M, con una cruz pequeña, y al pié los sagrados corazones de Jesus y de Maria, y repitió la misma voz: "Es necesario acuñar una medalla como la que se te ha pues-

Tomo II. 70

to delante, y las personas que la traigan consigo, enriquecida con indulgencias, y rezaren la indicada jaculatoria, lograrán de una proteccion muy especial de la Madre de Dios." A la mañana siguiente, la novicia dió parte de esta vision á su confesor, quien obrando con prudencia suspendió su juicio, contentándose con decirle, que el mejor modo de honrar á la Santísima Virgen y el medio mas seguro de procurarse su proteccion, era imitar sus virtudes, con lo que ella se retiró tranquila, sin volver á pensar mas en aquello. Pero como en el discurso de un año ó poco mas, se hubiese repetido la vision por dos diversas ocasiones, y en la última se le manifestase á la jóven el desagrado de la Madre de Dios por lo que se retardaba la acuñacion de la medalla; temeroso el director de oponerse á las disposiciones del cielo, pasó á verse con el Ilmo. Arzobispo de Paris, y proponiéndole el caso, como lo que se solicitaba nada tenia de contrario á la fé de la Iglesia, sino muy conforme á la piedad con que los fieles veneran á la reina de los ángeles, consiguió licencia para que se acuñasen las medallas, sin quitarles ni añadir nada del modo con que se había representado el modelo, expresando ademas el prelado sus deseos de que se le diese una de las primeras, tanto por su devocion como para animar á los demas con su ejemplo.

Acuñáronse las medallas, y apenas se hizo público su origen, se difundieron con una increíble rapidez por la capital y demas provincias de la Francia: solo en ese reino se cuenta mas de un millon de las que allí se han repartido. En seguida se extendió ésta devocion á la Siberia, Piamonte, España, Italia, Bélgica é Inglaterra, y el día de hoy se encuentran estas medallas en el Levante y la China, en los Estados-Unidos y en nuestra América; reconociéndose por todas partes no solo su prodigiosa eficacia para la curacion de gravísimas enfermedades, que le han adquirido el renombre de *milagrosas*, sino lo que es mas importante, una singular virtud para ablandar los corazones mas rebeldes y empedernidos. El siguiente suceso ocurrido en Roma, y autenticado solemnemente por la autoridad eclesiástica á 3 de Junio de 1842, bastará para convencerse de ello, y apreciar cuanto se debe esta nueva gracia que Maria se ha dignado dispensar recientemente á los mortales.

Mr. Alfonso de Ratisbonne, jóven de 23 años, natural de Stras-

burgo y de un nacimiento muy distinguido, era un judío tan obstinado en su creencia, ó mas bien uno de estos incrédulos, ó espíritus fuertes, que sin haber abierto jamas un libro de religion, ni leído una página de la Biblia, todo lo ignoraba, todo lo dudaba, ó lo niegan todo; que habiéndose convertido y abrazado el estado eclesiástico su hermano mayor Teodoro, aunque todo el resto de su familia continuó sus relaciones con él, Alfonso no quiso volverlo á ver mas, y aun lo llenó de ultrajes por escrito por haber pretendido bautizar á un sobrinito de ambos, en peligro de muerte; alimentando siempre en su pecho una aversion la mas tenaz al cristianismo, un ódio amargo á los clérigos, á las iglesias, á los conventos, y sobre todo, á los jesuitas, cuyo solo nombre bastaba á encenderlo en ira.

Tales eran las disposiciones de su alma, cuando en Enero de 1842 hizo un viage por pura curiosidad á Roma, donde continuó, segun su costumbre, burlándose de todas las cosas religiosas, blasfemando de sus prácticas y haciendo gala de su tenacidad en el judaismo: él ignoraba enanto puede la gracia sobre el corazon del hombre, mucho mas si se interpone la mediacion de Maria; pero muy pronto debía conocerlo. Una mañana pasó á despedirse, para proseguir sus viages, á casa de Mr. de Bussieres, sugeto respetable y paisano suyo, quien deseando atraer á Alfonso al catolicismo, lo comprometió á dejarse poner al cuello una de las medallas milagrosas, y á que rezase por algunos dias la tierra deprecacion de San Bernardo; *Acordaos, ó piadosísima Virgen, &c.*, á cuyo fin se la dió para que la copiasse. Convino en ello el obstinado israelita, mas bien por divertirse y hacer mofa, que porque creyese en la virtud de aquella devocion, y pasó así cinco dias, siempre distraido, pero repitiendo á su pesar aquella oracion que continuamente le venia á la memoria. En la noche del 19 al 20 de Enero despierta sobresaltado: ve fija delante de sí una gran cruz negra y sin Cristo, como la que se halla al reverso de la medalla; pero no hace aprecio, y al despertar á otro dia, aunque intenta olvidar lo que ha visto, distrayéndose en el café y passo con otros amigos, la señal victoriosa se presenta constantemente á su imaginacion.

Es la una del dia 20, y Alfonso se encuentra con Mr. de Bussieres, que va á la Iglesia de San Andres de los Hermanos á solicitar

una tribuna para asistir con su familia á las exéquias de un virtuoso amigo suyo, que habia fallecido repentinamente. Entran ambos en la pequeña y pobre Iglesia, y mientras el último se introduce á lo interior del convento á tratar sobre el objeto que allí lo lleva, Ratisbonne reconoca distraido y con disgusto el templo; ve en él una obscura capilla dedicada á San Miguel, entra á verla, y al hallarse adentro. . . ; pero oigamos al dichoso convertido: *Hacia un instante que estaba yo en la Iglesia, cuando me sobrecojió repentinamente una turbacion inesplicable. Levanté los ojos: todo el edificio habia desaparecido á mi vista; una sola capilla, por decirlo así, habia recogido toda la luz, y en medio de este resplandor apareció la Virgen Maria de pie sobre el altar, grande, brillante y llena de magestad y dulzura, tal cual está en mi medalla; una fuerza irresistible me impelió hacia ella. La Virgen me hizo seña con la mano para que me arrodillase; parece que me dijo: está bien. Ella no me ha hablado; pero yo todo lo he comprendido.*

A pocos instantes sale Mr. de Bussieres y queda sorprendido de no encontrar en la Iglesia á su compañero; entra en la capilla y lo ve allí arrodillado, llorando á torrentes y como estático: lo toma de un brazo, lo hace volver en sí, y casi lo arrastra fuera del templo. El feliz Alfonso, solamente le dice: *La he visto! La he visto!* Saca del pecho la medalla milagrosa, la besa una y mil veces y la baña con su llanto: pide se le lleve á un confesor, porque añade que solo por su mandato y de rodillas podrá decir lo que le ha pasado. En efecto, se deja conducir al Jesus (casa profesa de los jesuitas) y ante el padre Villefort lo declara todo con las mismas exclamaciones y lágrimas, y llenando de ósculos con la mayor emoción á su querida medalla. Hácensele diversas preguntas sobre los misterios mas elevados de la fé, y aquel hombre que nada sabia media hora ántes de estas materias, todo lo explica, todo lo cree, á todo responde satisfactoriamente, como quien habia sido instruido por la Madre de la Sabiduría increada: *Ella no me ha hablado, repetía, pero yo todo lo he comprendido;* y cuando se le exigían mas claros pormenores de lo que habia visto, únicamente contestaba: «que en el primer instante pudo ver á la reina del cielo en todo el esplendor de su belleza sin mancha; pero sus mira-

das no pudieron resistir el brillo de aquella luz divina. Tres veces procuró contemplar de nuevo á la Madre de las misericordias, y otras tantas habian sido inútiles todos sus esfuerzos, no pudiendo levantar los ojos sino hasta aquellas manos benditas, de donde salian entre torrentes de luz un manantial de gracias. «*O Dios mio!* exclamaba. *Yo que media hora antes aun blasfemaba!* ¡Yo que tenia un odio tan violento á la religion católica! Pero todos los que me conocen saben bien que, humanamente hablando, me asistían las razones mas fuertes para permanecer judío. Mi familia es judía, mi futura es judía, mi tio es judío. . . Haciéndome católico, rompo con todos los intereses y con todas las esperanzas de la tierra, y sin embargo, ¡yo no estoy loco! ¡Yo no estoy loco! ¡Es bien sabido que yo jamas lo he estado! Por consiguiente se me debe creer. . . Se debe, pues, creer á un hombre que todo lo sacrifica á una conviccion que no puede venir sino del cielo. . . Si lo que he afirmado no es absolutamente cierto, cometo una culpa muy execrable á la par que insensata. Entrando en mi nueva religion con una mentira sacrilega, no solo arriesgo mi suerte en esta vida, sino que tambien pierdo mi alma, y tomo sobre mí la formidable responsabilidad de todas las que siguieren mi ejemplo. . . ¡Adónde, pues, está mi interes?

Alfonso de Ratisbonne recibió con el mayor fervor el dia 31 de Enero de 1842 los Santos Sacramentos del Bautismo, la Confirmación y Eucaristía de mano del Emmo. Sr. Cardenal viceregente, en el famoso templo del Jesus de Roma, despues de un retiro que tuvo en la misma casa profesa, y tomó el nombre de Maria. Al principio de su conversion se inclinaba á entrar en la Trapa; pero la Providencia que tal vez quiere hacer de él un nuevo apóstol, anunciándole los sumos padecimientos que acaso le esperan con la cruz que vió antes de disfrutar la presencia de la reina del cielo, lo ha llevado al lugar, en que mas que en otro alguno hoy se ostentan todas las tribulaciones, deshonras, injurias y demas penalidades del calvario. Maria Alfonso de Ratisbonne, triunfo del poder y las misericordias de la purísima y aflijidísima Madre del Salvador y de los hombres, y refugio de los pecadores, ha entrado religioso de la Sagrada Compañía de Jesus, y cuando esto escribimos se halla en Francia en el colegio de Tolosa.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.